



UNIVERSIDAD
DE PIURA

50 AÑOS

DISCURSOS
CEREMONIA DE INVESTIDURA DEL
GRADO DE DOCTOR *HONORIS CAUSA*

MARCO GERARDO MARTOS CARRERA

(Facultad de Humanidades)

PEDRO-JUAN VILADRICH BATALLER

(Facultad de Humanidades)

AXEL MEISEN

(Facultad de Ingeniería)

SANDRA MARÍA BARCLAY PANIZO

(Facultad de Ingeniería)

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ LÓPEZ-MUÑIZ

(Facultad de Derecho)

Discurso de la doctora Sandra María Barclay Panizo
<https://doi.org/10.26441/HC-30082019-D4>

Excelentísimo Vice Gran Canciller:

Lo propio de los arquitectos es dibujar, no escribir, por lo que seré breve. Quisiera empezar diciendo que me siento tremendamente honrada de recibir este reconocimiento que me otorga la Universidad de Piura, a cuyo claustro empiezo a pertenecer. Quiero sentir que este título de doctora *Honoris Causa* no solo está en relación a una trayectoria profesional, ni a una labor académica, sino también a dos realidades de esta Universidad: el Edificio E y el programa académico de Arquitectura.

Deseo incluir en este reconocimiento a Jean Pierre Crousse, con quien llevo esta búsqueda paciente que precede nuestro trabajo profesional, compartiendo ideas, proyectos arquitectónicos y proyectos de vida, entre los cuales están nuestros hijos Tilsa y Mateo.

Un edificio, para nosotros arquitectos, es mucho más que una construcción. Si las construcciones responden a necesidades concretas y ellas mismas son medibles (podemos determinar sus dimensiones, su costo, cuántos materiales han sido utilizados y en qué cantidad, su área, su volumen...), la arquitectura trabaja con lo intangible, con las emociones, con lo que no se puede medir con certeza.

El maravillarse viendo el lento paso de un rayo de sol bañando un piso o una pared en un espacio en penumbra, el confort de sentir una brisa que nos acaricia, la seguridad de estar en un espacio que nos cobija, la alegría de poder conocer otras personas en un marco amigable, la serenidad que nos procura el poder distender la mirada hacia el horizonte luego de concentrarnos en una lectura, son emociones que son difíciles de medir, pero que ocurren frecuentemente en la buena arquitectura, distinguiéndola de la construcción.

Creo firmemente en la capacidad transformadora de la arquitectura. Nuestra profesión es apasionante y muy difícil de encasillar: cada uno encontrará en ella un equilibrio entre lo racional y lo creativo, entre lo técnico y lo artístico. Pero más allá de estas componentes, la arquitectura representa una maravillosa oportunidad para ponerse al servicio de los demás, en donde la empatía es esencial para lograrlo. El arquitecto debe tener la capacidad de ponerse en el lugar del otro y estar a la escucha de sus futuros habitantes, del lugar donde se inserta y del medio ambiente que lo circunda. Esta es una condición indispensable para ir más allá de la resolución de problemas que la construcción debe afrontar, incursionando en lo que solo la arquitectura puede resolver: la emoción. Es más fácil decirlo que hacerlo, se los aseguro. Sin un proceso constante, permanente, de mucho rigor y perseverancia, es muy difícil pasar de una mera construcción a una obra de arquitectura.

Los arquitectos tenemos a la cultura y al trabajo como herramientas creativas. Imaginamos edificios que aún no existen, que en algún momento cobran su propia vida y crean lazos con los

que lo habitan. A diferencia de los artistas, los arquitectos no actuamos solos y la obra no nos pertenece en su totalidad. Nos parecemos más a un director de orquesta o a un director de cine. Necesitamos de un equipo competente de arquitectos colaboradores, ingenieros, técnicos y constructores que deben de entrar en consonancia para poder hacer un trabajo de calidad. Y, todo esto no es posible sin un cliente que tenga visión, aspiraciones y una ambición de calidad. En ese sentido, estoy infinitamente agradecida por haber tenido, en el encargo del Edificio E, a la Gerencia de Infraestructura y a la Dirección de Relaciones Institucionales, que no solo nos dieron su confianza, sino que participaron activamente durante todo el proceso de concepción, gestión y construcción, formando así un equipo sólido trabajando con miras a la excelencia.

Los proyectos son para nosotros como hijos. Los padres no somos los únicos que los formamos, no podemos controlar completamente su comportamiento, ni decidir sobre su carácter. Solo podemos dar lo mejor de nosotros para que lleven una buena vida cuando sean autónomos. No hay tampoco hijos preferidos. Los consideramos a todos como pertenecientes a la misma familia. En el transcurso del tiempo y en la continuidad del proceso proyectual, nuestros primeros proyectos van transformando a los que le siguen y así sucesivamente, en un proceso de constante aprendizaje. El ADN se va enriqueciendo de un proyecto al otro, se integran nuevas informaciones, se corrigen algunas hipótesis y se validan o desechan otras. Así, desde nuestro primer proyecto en Francia, el museo Malraux en la costa de Normandía, pasando por los primeros proyectos en la costa peruana, el ADN se fue estructurando, organizando, depurando.

El proyecto del edificio E nos encontró en un período de madurez, con más de 20 años de experiencia transcontinental a cuestas. Los reconocimientos que ha recibido en estos dos últimos años son producto, quizás, de esta madurez alcanzada. Pero, no es el fin de un proceso, sino solo la confirmación de haber emprendido un camino propio de valor. El Edificio E se inserta, sin duda, en este proceso, del cual aprenderemos para enfrentar los futuros retos proyectuales.

El portugués Álvaro Siza, uno de los arquitectos vivientes más importantes de nuestros tiempos, asegura que los arquitectos no creamos nada, solo re-creamos condiciones existentes. Tomamos hechos, paisajes, climas, problemas y posibilidades como insumos para crear una nueva realidad. En este sentido, considero que nuestra propuesta para el Edificio E se inserta en la continuidad de una de las primeras ideas visionarias y fundadoras de este campus. Para nosotros, fue muy inspirador el hecho de que la llegada del Fenómeno El Niño de 1983, poco tiempo después de fundada la Universidad, no fuese vista por las autoridades de la Universidad de Piura como una catástrofe, sino como una oportunidad: el primer paso en la construcción del campus no sería, pues, solo construir edificios, sino crear un bosque seco.

Este bosque creó un microclima que hizo habitable el desierto y le dio una fuerte identidad a este campus, a tal punto que son ahora indisolubles. Louis Kahn, uno de los arquitectos más

influyentes del siglo pasado en el mundo, decía que, para hacer arquitectura con sentido, había que buscar primero en el origen de las instituciones que serían albergadas por ella. Hablando del origen de las instituciones educativas, Kahn nos dice: "Las escuelas empezaron con un hombre bajo un árbol, quien no sabía que era un profesor, compartiendo sus entendimientos con algunos otros, quienes no sabían que eran estudiantes". Situado en medio del bosque seco, el proyecto del edificio E no podía sino partir del árbol, de su sombra y de su cobijo.

Retomamos las lógicas del bosque, prolongando la sombra de los árboles en el edificio, para producir espacios que se conviertan en lugares de vida y de encuentro. Con este aulario, quisimos ofrecer las condiciones ideales de aprendizaje, no solo dentro de las aulas, sino también fuera de ellas, propiciando el encuentro no jerárquico entre estudiantes y entre estos y los profesores, fomentando el aprendizaje informal y el intercambio de ideas que complementan la enseñanza de calidad que se imparte en las aulas. Más que un edificio de enseñanza, quisimos crear un paisaje del aprendizaje.

Los materiales de este edificio no son solo el concreto de sus muros y techos, son ante todo el espacio y la luz solar. La sombra es su más preciada ofrenda. El espacio, la luz y la sombra son capaces de afectar de manera positiva y permanente a aquellos que lo habitan y recorren. Nuestra satisfacción más grande es la de haber creado espacios que contribuyen a que los alumnos refuercen su sentido de pertenencia. Nos llena de satisfacción el ver que no están de paso entre dos clases. Siguiendo la imagen del bosque seco tropical, en donde el bosque es más importante que los árboles, los alumnos se sienten parte de una comunidad más grande que la suma de sus individuos, preocupada por la excelencia en la educación y en la vida.

Last but not least, haré una breve referencia al programa académico de Arquitectura, al que Jean Pierre y yo fuimos convocados para aportar desde nuestra experiencia como académicos. Empezarlo, como suele suceder, supuso una estupenda aventura que la Universidad de Piura emprendió con un claustro joven, valiente, preparado y lleno de ilusión. Nuestro grano de arena estuvo presente y nos alegra ser testigos de la preparación de estas primeras promociones. Seguiremos apoyando con la misma generosidad con la que hemos sido tratados por todos.

Agradezco al Gran Canciller de la Universidad de Piura, Fernando Ocariz, a su representante en esta ceremonia, el Vice Gran Canciller, Ángel Gómez-Hortigüela, y, en ellos, a toda la comunidad universitaria, especialmente a la Facultad de Ingeniería. Y, reitero el honor que representa el recibir el grado de doctora *Honoris Causa* como reconocimiento a nuestra búsqueda paciente durante estos 25 años de labor profesional. Pero, más que un reconocimiento, quiero tomarlo como una responsabilidad y un aliento para continuar en el camino del esfuerzo y la calidad, dando siempre lo mejor que uno tiene, dándome siempre el tiempo para pensar en el bienestar de los otros.